

CÓMO REMEDIAR LA DESARTICULACIÓN DE LA VIDA MODERNA¹

San Alberto Hurtado

El primer remedio, aunque parezca una perogrullada, es conocer el mal y sus causas. Porque, como dice Leclercq en su Elogio de la pereza: "Nuestro siglo se gloría de ser el siglo de la vida intensa, mientras en realidad esta intensidad de vida, no es sino vida agitada. El símbolo de nuestro siglo es la carrera. Sus más bellos descubrimientos no son descubrimientos de sabiduría, sino descubrimientos de velocidad". Es, pues, necesario saber que el más fecundo empleo del tiempo es el que se emplea, en silencio y tranquilidad, en adquirir conciencia de sí mismo y de las grandes realidades del universo. Es necesario, pues, saber contemplar sin cansarse jamás de contemplar, saber buscar la luz, y saberla esperar.

El trabajo paciente, reflexivo está muy lejos de las costumbres de nuestro siglo y es ¡tan necesario! En el libro del Éxodo leemos que Jehová llamó a Moisés a lo alto del Sinaí. Moisés subió, penetró en la nube que cubría la cumbre del monte; oyó la voz de Dios, pero Dios no habló. Moisés esperó una hora, pero Jehová no habló. Esperó un día, pero el Señor no habló. Un segundo, un tercer, un cuarto día... toda una semana. Al final del séptimo día Jehová habló. Para recibir las comunicaciones de la Verdad hay que saber esperar. ¿Qué hacía Moisés en lo alto de la montaña? Nada. Esperaba. ¿No tenía nada que hacer? ¡Vaya que tenía qué hacer! Como nos lo cuenta el Éxodo, apenas se alejó él comenzaron los judíos a batirse. Moisés, sin embargo, permanece en la montaña. Perdía su tiempo, diríamos en lenguaje moderno. Se queda porque espera. Al séptimo día recibe. ¡Ah! Los jóvenes modernos inmediatitas al cabo de media hora se habrían aburrido, habrían vuelto al valle. ¡Tienen tanto que hacer! Habrían bajado vacíos, sin mensaje, a moverse, a agitarse en mil ocupaciones que no llenan su ser.

La vida interior es un elemento precioso para escapar al desmembramiento, al inmediatismo, a la inconsciencia de la vida moderna. La vida interior –no tomamos este término en su sentido ascético sino pedagógico– supone la calma, la concentración, el detenerse. La vida interior nos permite escapar a la cadena de casos particulares y detenernos a ver el conjunto, criticar los datos percibidos, escapar a la influencia de lo inmediato. Se sitúa uno fuera de la vida exterior, en la vida de dentro. La vida exterior debiera ser la prolongación de un ideal concebido en la vida interior. Pero moverse sin sentido no es obrar, es agitarse. El que habla agitado no transmite mensaje.

La lectura serena

La vida interior exige una lectura seria, meditada, profunda, reflexiva, crítica, hecha con el lápiz en la mano, confiriendo las diversas opiniones, sin contentarse con un solo punto de vista, sobre todo si se trata de un punto en que la parcialidad pueda influir. La manera de obrar del Presidente Wilson resulta de gran actualidad en esta materia: "Cuando quiero estudiar un punto escribo un libro". Esto es, lo estudio de tal manera que puedo expresar mi manera personal, íntima de ver el problema.

¹ SAN ALBERTO HURTADO, *Una verdadera educación*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 2005, pp. 88-96.

Estas lecturas deben ser seleccionadas, versar sobre puntos de vital interés, sugeridos por personas que ya hayan hecho el camino espiritual que el adolescente va a recorrer. ¡Cuánto tiempo, cuántos esfuerzos se le ahorrarán al indicársele un camino seguro! La educación, tanto la inglesa como la alemana, han pretendido este punto de vista al poner al alumno bajo la tuición de uno de los profesores que sea su guía, su mentor. Entre nosotros los alumnos quedan entregados a su capricho, a su instinto, a su curiosidad, que más que por el valor de los libros se dejan seducir por el título sugestivo de obras de aparente interés pero de escaso fondo, o por obras que no pueden leer todavía con fruto porque no están preparados para hacerlo.

No podremos nunca insistir bastante en la importancia de seleccionar las lecturas del niño y del adolescente. La más científica psicología nos lleva a la conclusión que el hombre será en último término lo que sean sus sensaciones: imágenes internas y externas adquiridas por la lectura, la radio, el biógrafo, los espectáculos callejeros y domésticos. El adagio antiguo *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu* [Nada hay en el intelecto que antes no haya estado en los sentidos] guarda aún hoy todo su valor. El primer elemento de nuestra vida psíquica es la sensación: lo que perciben nuestros sentidos. Este elemento sensorial es el que ofrece el material a nuestra facultad espiritual para que mediante la abstracción se transforme en la idea espiritual, general, en los principios que han de regir su vida. Si las sensaciones son deletéreas [es decir, venenosas], toda la vida superior se resentirá ya que el efecto de esas sensaciones no desaparece. Así lo dice admirablemente un poeta francés:

Le coeur de l'homme vierge est un vase profond
Lorsque la première eau qu'on y verse est impure
L'eau de la mer y passerait sans laver la souillure
Car l'abîme est immense et la tâche est au fond

Podemos comparar la formación de nuestros procesos psíquicos a la fabricación de un producto: éste dependerá del material que empleemos. Si al fabricar el vidrio, por ejemplo, usamos malos materiales: sílice, carbonato de sodio o carbonato potásico de mala calidad, el vidrio será imperfecto... Para fabricar esas grandes lentes que nos han de poner en comunicación con los astros emplean los fabricantes años y años en preparar el material. Hay muchos hombres y grandes establecimientos consagrados exclusivamente al trabajo de escoger el material más puro, porque si el crown glass o el flint glass empleados son de mala calidad, las aberraciones cromáticas o esféricas serán considerables. Una burbuja, un defecto cualquiera en una lente pueden producir aberraciones considerables que desvían totalmente nuestros cálculos. Y en la fabricación de nuestras ideas ¿por qué somos tan descuidados? ¿Creemos acaso que es indiferente el material que aportemos? Si así pensamos, ignoramos el ABC de nuestra vida psíquica.

Por eso insistimos tanto en seleccionar el aporte sensitivo que está a la base de nuestra vida consciente. Habrá que alejar decididamente de manos de nuestros adolescentes todos aquellos libros que puedan trastornar su ideología, inculcarles una filosofía falsa de la vida, que no pueden ahora ellos discernir, los libros obscenos o torpes que manchan la conciencia y son orígenes de faltas. ¡Cuántas caídas en serie han comenzado después de la

lectura de un libro pornográfico! Innumerables ejemplos acuden a la mente. El libro ligero, tonto, superficial, el libro color de rosa, aunque sea moral, hay que desterrarlo, porque formará una ideología irreal, romántica, superficial que inutiliza para la vida. El libro que con color de ciencia trata temas delicados que el muchacho no puede discernir hay que alejarlo como uno de los más perniciosos, pues lo embauca con el aparato científico, que él no está en situación de apreciar. Lo mismo puede decirse de los libros de controversia religiosa, que suponen un conocimiento de la vida que él no puede apreciar. Hay una edad en que hay que recibir por tradición, y otra en que se puede discutir. El tránsito entre las dos ha de ser gradual pero es absurdo pretender que el niño y el adolescente ha de poder recibir cualquier clase de alimento espiritual.

La lectura ha de ser graduada para que forme hombres conscientes y no diletantes [es decir, aficionados]. Graduada, dirigida, y prevista. Todo joven debiera tener ante sí como un plano del camino intelectual que va a recorrer, dispuesto claro está a todas las modificaciones que las circunstancias vayan exigiendo. En ese plan han de figurar las obras fundamentales de filosofía, cultura religiosa, literatura, sociología, etc., que sean necesarias para el desenvolvimiento de su espíritu, a fin de que cuando le ocurra leer no caiga en la tentación de leer el primer panfleto que venga a sus manos. Esa lectura a tontas y a locas desorienta profundamente el espíritu.

Algunas obras se han escrito que pueden ser buenos consejeros de los jóvenes en la selección de sus lecturas. Entre éstas podríamos citar: *Les livres qui s'imposent*, de [Frédéric] Duval, Beauchesne, París....

Estas normas de la lectura podrían contribuir a orientar los jóvenes en el empleo de sus ratos de ocio. El libro que podría haber sido un enemigo de su vida consciente, se convertirá, como debe ser, en el más poderoso estímulo de su formación espiritual.

La meditación

Después de la lectura, y complemento necesario de ella, es la meditación, esto es el repensar una verdad, el mirarla bajo todos sus aspectos, el ejercitar en ella armónicamente todas las facultades de nuestra alma: la memoria recordando, la inteligencia discurrendo, la voluntad afectándose a propósito de los hechos fundamentales de la vida, por ejemplo el sentido de mi vida, el origen de mi ser, el fin de mis actividades, mi responsabilidad social, el concepto de deber, de felicidad, un acontecimiento mío, o un hecho público, una conferencia que he escuchado, el problema del hogar, la formación de mi carácter, mi elección de carrera, temas fundamentales sobre los que debiera pensar una y muchas veces.

Un rato de meditación debiera formar parte del programa de todo joven cristiano, no necesariamente según el método arriba indicado, en que aplico todas las potencias de mi alma al tema propuesto, sino en la forma que más se adapte a la manera de ser de cada cual, y si se trata de temas religiosos, en la forma que el Espíritu Santo oriente su alma. Un pasaje de la Sagrada Escritura, de la Imitación de Cristo, o de alguna obra apropiada, por ejemplo: *Frente a la vida*, de Raúl Plus; *La prière de toutes les heures*, de Pierre Charles, S.J.

La meditación de la Sagrada Escritura, en especial del Nuevo Testamento, debiera ocupar el lugar preferente porque es la palabra de Dios, que no sólo tiene el mérito de un

libro humanamente el más apreciable, sino por la virtud directa que Dios comunica a la palabra inspirada. El joven que alimentara su alma cada día con la palabra de Dios transformaría muy pronto su alma, adquiriría una seriedad de la vida, una seguridad en sus resoluciones, una orientación que lo haría superior a los vaivenes de las atracciones del momento.

Los ejercicios espirituales de San Ignacio son una escuela inmejorable de vida interior, una fragua que ha forjado hombres conscientes, reflexivos, de carácter. Esto bajo el punto de vista natural, que es una manera incompleta de mirarlos, porque para comprender los ejercicios en su integridad hay que mirar la influencia inmensa, preponderante de la gracia divina que se difunde a través de la contemplación de la vida de Cristo.

San Ignacio concibió los ejercicios para ser hechos durante treinta días, en absoluto aislamiento, a fin de profundizar las verdades ejes de la vida. En esta forma completa casi no pueden hacerse hoy día sino en la vida religiosa, pero sí en su adaptación a tres, cinco, ocho días de aislamiento. En estos días el joven, a solas con su conciencia, ayudado por un director espiritual, encara los problemas fundamentales de la vida: lo que significa su carácter de cristiano, el origen y el fin de su vida, los medios que se le ofrecen para realizarlo, escoge entre esos medios los más aptos con el criterio que han de ser los más útiles para el fin, busca cuidadosamente los obstáculos que le impedirán la realización de ese fin, los analiza, los estudia en función de su vida, de sus pasiones, de las derrotas sufridas, escruta las fuentes de energía latentes en su ser para explotarlas, partiendo de la base que la Gracia de Cristo está dispuesta a auxiliarle en la batalla. Presupuesto este trabajo preparatorio, estudia cuidadosamente el camino más seguro para realizar su fin, que está en la imitación de Cristo. Para ello medita cuidadosamente cada uno de los pasos de la vida de Cristo para imitarlos en el estado de vida que haya escogido a la luz de los principios sobrenaturales. El ejercitante se propone hacer lo que Cristo haría si estuviese en su lugar y a la luz de estas grandes verdades, con luz clara, con voluntad enérgica se decide "a ordenar su vida sin determinarse por afición alguna que desordenada sea... puramente queriendo y eligiendo lo que más le ha de conducir a realizar el fin para que ha sido creado" (EE nº 21.23).

Estas meditaciones, que prolonga durante varios días a solas con su conciencia el ejercitante, no puede decirse de qué eficacia sean para centrar una vida, para hacer a un hombre consciente de las grandes realidades en que está sumergido su ser.

Los ejercicios espirituales han sido los grandes forjadores de caracteres, como lo reconocen innumerables pedagogos racionalistas que han buscado en San Ignacio el maestro de su vida. Protestantes, no menos que ortodoxos, han buscado en el método de San Ignacio un camino para evadirse al inmediatismo y a la inconsciencia.

El principio fundamental de San Ignacio en materia de formación es diametralmente opuesto al principio de nuestra época de conocerlo todo, de probarlo todo, saber hablar de todo. El suyo es: "No el mucho saber harta y satisface el ánimo, pero el gustar de las cosas internamente" (EE nº 2). San Ignacio distingue claramente entre el saber una cosa y el gustar una cosa, que equivale a sentirla internamente. A este gusto interior, a este conocimiento profundo de las verdades fundamentales, procura llevar a sus ejercitantes.

Todo movimiento serio de renovación interior de los que ahora agitan las juventudes europeas ha sido organizado a base de ejercicios espirituales. Así han nacido y se han fortalecido las organizaciones de jóvenes en las Escuelas Superiores de París: Politécnico, Minas, Conferencia Eaeenec, la JOC en Bélgica y Francia, los Neu Deutschland en Alemania, los Propagandistas en España. De los ejercicios ha salido una juventud bien disciplinada en su inteligencia y en su voluntad, capaz de ponerse al frente de los grandes movimientos de restauración cristiana.

El estudio personal

El estudio de la filosofía, el estudio profundo de la religión son muy aptos para ayudarnos a intensificar nuestra vida consciente, ya que estas materias, por la visión de conjunto que nos ofrecen, nos libran de la casuística inmediata.

Eso sí que estos estudios filosóficos y religiosos no deben ser emprendidos si no se está resuelto a emprenderlos con seriedad, a fondo. En materia filosófica y religiosa no cabe término medio. O la ignorancia total, la fe del carbonero en materia religiosa, o un estudio a fondo, bien hecho. La ciencia a medias es sumamente perniciosa, muestra los problemas que son muy aparentes, para ver los cuales no se necesita ningún esfuerzo, y la solución queda en la sombra, pues para captarla se necesita un esfuerzo serio de reflexión, de aquilatar en su verdadero valer los argumentos que se ofrecen. Muchas dudas y escepticismos tienen por fundamento real la ignorancia de la posición total del problema, la vista de síntesis. Se han contentado esos estudiosos con asomarse al problema sin tener la paciencia de meditar sus soluciones.

Los círculos de estudio son un auxiliar muy poderoso del estudio filosófico y religioso y en general de todo estudio profundo. Sin ninguna pretensión de formalismo, uno de los asistentes a una reunión de un grupo reducido –no más de 15– expone sus puntos de vista sobre una materia que discute en común con sus compañeros, oyendo sus dificultades y buscando en colaboración la solución, por un método activo, directo. Es muy útil que haya un asesor, persona de preparación adecuada, para orientarlos en sus soluciones, caso que no acierten con el camino. Pero es parte esencial del método la búsqueda personal de la solución, no la recepción de una solución ofrecida por una autoridad docente.

Fácil es de ver qué ayuda tan poderosa a la formación de la conciencia no recibirán los adolescentes, al verse obligados a buscar personalmente las soluciones a los problemas, al barajar las falsas respuestas y completar y criticar las que parezcan más acertadas.

El silencio necesario para la vida consciente

Todo este programa de vida interior, de pensamiento reflejo y organizado exige, para ser realizado por el adolescente, un ambiente de silencio, de paz, de quietud que la vida moderna no ofrece.

Silencio en el hogar. Pero, por desgracia, las casas amplias de hace algunos años, con sus grandes patios, van cediendo su lugar en los que disponen de medios de fortuna a los departamentos centrales cómodos, pero donde los unos están encima de los otros, donde todo es ruido, movimiento, donde para distraerse no hay más remedio que salir a la calle

o al biógrafo. En estos departamentos la radio, el teléfono, el ruido de la calle y de los vecinos están crispando los nervios e impidiendo todo trabajo serio de la inteligencia. Los niños se aburren y los adolescentes no encuentran campo donde expansionarse y se acostumbran a vivir en la calle, a refugiarse en el biógrafo, única distracción de ordinario al alcance de su mano. Y cuando los padres de familia quieren tranquilidad, como no pueden procurarla permaneciendo los hijos en la casa, no hay más remedio que enviarlos a distraerse fuera de casa... al biógrafo, lo más frecuentemente. En cuanto sea posible hay que mantener las viejas tradiciones en este punto, y sacrificar la comodidad a la amplitud que permite el silencio y el recogimiento.

Pero no es sólo el silencio exterior el que hay que procurar, sino sobre todo el silencio interior, apartando del adolescente el abuso en el empleo de la radio, el biógrafo, la prensa, las novelas, el ir y venir por las calles, que impiden la paz interior y vienen a perturbar la fantasía. En el empleo de estos medios, mientras mayor moderación empleemos respecto a la niñez y adolescencia, más cerca estaremos de tener éxito, más posibilidades les daremos de tener la concentración necesaria a toda formación profunda.

El ideal a que aspiramos

Todos estos medios los proponemos teniendo en vista un ardiente deseo de mejorar la estructura íntima de nuestra adolescencia. Darles plena conciencia de sí mismos, de su valer personal, de su misión sublime, condición previa de su desarrollo intelectual, moral y social. Quisiéramos que tuviesen plenamente conciencia del sitio que cada una de sus actividades ocupa dentro de un plan armonioso que han de realizar en la vida.

Recordamos haber leído una anécdota de Peguy. Interrogó éste a tres albañiles ocupados en una obra:

-¿Qué haces?, preguntó al primero.

-Acarreo piedras, fue su respuesta.

-¿Qué haces?, interrogó al segundo.

-Trabajo para ganar mi vida, contestó.

-¿Qué haces?, dijo al tercero.

-Construyo una catedral, fue su magnífica contestación.

Sólo este último había encontrado el sentido plenario de su trabajo, lo había integrado en una síntesis plenamente humana que le daba todo su valor. A los otros dos faltaba conciencia de la grandeza de su misión, no habían escapado al inmediatez del motivo.

Jóvenes con esta visión amplia, consciente de la vida son los que necesitamos. Y no hay que desmayar en la empresa que es posible, que puede realizarse en este siglo de desequilibrio.